



A la deriva

Lucía Leonor Enríquez

Has realizado un largo viaje para llegar hasta el viajero

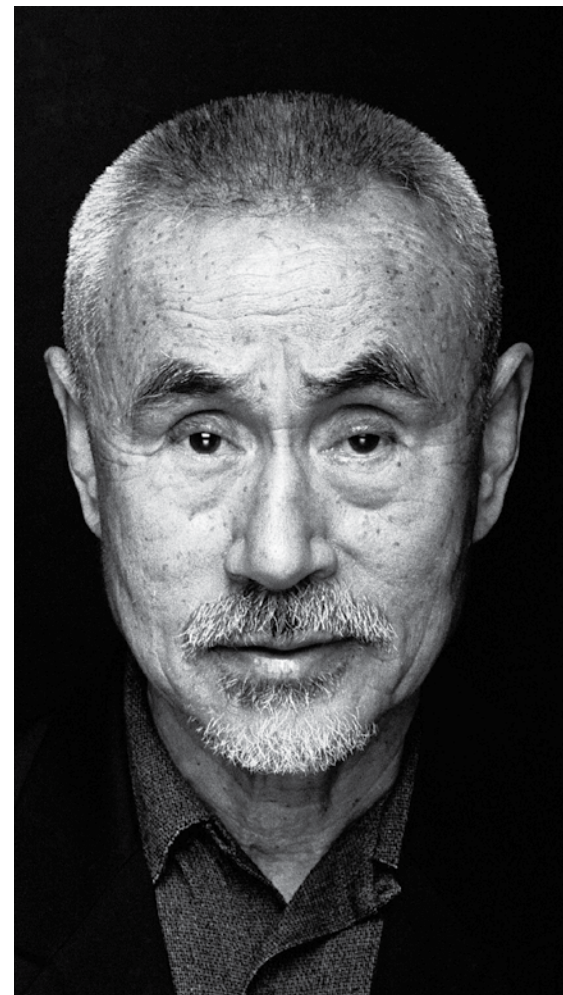
¿CUANTAS VECES TE HAS DESPERTADO a mitad de la noche sin saber dónde estás? Esta sensación de desasosiego al no encontrar su lugar en el mundo, al no saber qué hace y para qué lo hace, invadió muchas veces a Yoshi Oida, renombrado actor japonés, que a menudo se preguntó qué hacía tan lejos de su patria, completamente solo y con la ansiedad de aquel que se sabe perdido.

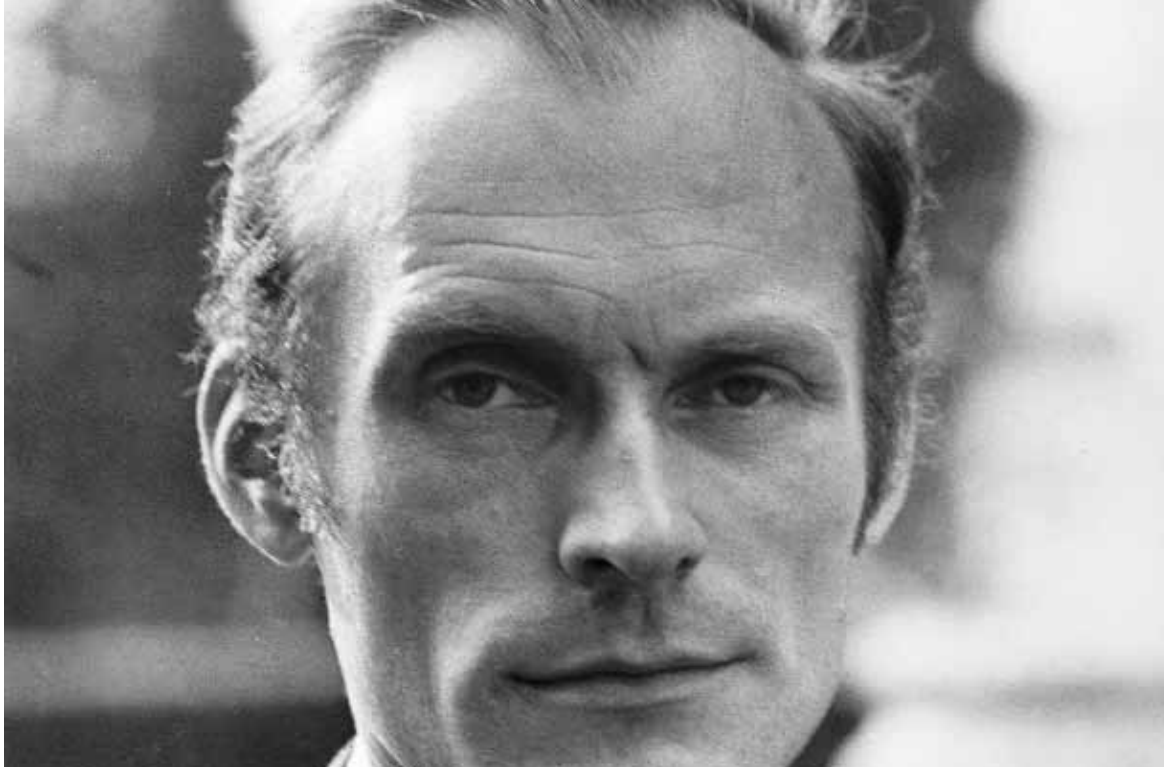
La incertidumbre abrumó incontables veces a Oida, y esta ansia fue sin duda clave para aceptar la invitación de trabajo que le extendió Peter Brook, para replantearse y reflexionar lo que hasta entonces hacía y entendía como teatro. Este encuentro resultaría en una concepción del quehacer teatral que modificaría para siempre la escena, y que hacen hoy tanto de Oida como de Peter Brook, dos referentes nodales en la labor actoral y en la historia del teatro.

Un actor a la deriva es una confesión de Yoshi Oida que nos permite compartir el peregrinaje que emprendió junto a Brook y que, a su vez, le permitió descubrirse como un ser escénico.

Oida relata su formación en el teatro tradicional japonés y cómo, cuando comenzó a trabajar en el teatro, su anhelo era convertirse en director, para un día formar su compañía. Llevaba algunos años trabajando en el cine y la televisión, pero creía que un buen director necesita más que conocimiento teórico del teatro, por lo que se había integrado a una

Yoshi Oida. Fotografía: Mamoru Sakamoto





compañía teatral, y se impuso un plazo de diez años para convertirse en un actor digno de ese nombre, tras lo cual fundaría su propia compañía y trabajaría como director. La invitación de Brook para permanecer tres años en el Centro Internacional de Investigaciones Teatrales lo obligó a posponer esas metas que aseguraba eran su gran objetivo, y pronto tuvo que confrontarse consigo mismo, con su manera de trabajar, de explorar su papel; finalmente el objetivo del Centro era cuestionar algunos fundamentos del teatro tales como: ¿qué es el teatro?, ¿qué es un actor?, ¿qué es el público? Esta investigación requería que las propuestas se examinaran desde el punto de vista más elemental y sin prejuicio alguno. Cuando aceptó la invitación, Oida no sabía que pasaría más de veinte años flotando a la deriva alrededor del mundo.

En cada pasaje del libro, el lector descubre que la experimentación que proponía Brook produjo en Yoshi una necesidad por reflexionar y encontrar una forma de comunicación verdadera. Este problema que tanto se ha analizado y que filósofos como Virilio y Castoriadis han evidenciado como la gran problemática del ser humano hoy día, la incapacidad de comunicarse con el otro y por ende de reflejarse y comprender al otro, es descrita por Oida desde el oficio actoral, pero invariablemente refleja una problemática social que hace mella en el ser humano.

La verdadera comunicación entre los hombres, asegura Oida, no se da tan sólo mediante el contacto

físico o las palabras, sino a un nivel mucho más profundo que el actor japonés describe como el encuentro de dos almas. Para Yoshi Oida, quien hace teatro busca entender a los seres humanos y a la sociedad para comprender su relación con su ambiente y su lugar en el cosmos. La cualidad más importante del que está en escena es la capacidad de comunicarse con los demás en un nivel profundo.

Yoshi Oida, que a menudo se sentía corroído por una sensación de desencanto y que invariablemente se preguntaba ¿cómo es que vivimos en este mundo?, ¿en qué iré a convertirme?, batallaba por encontrar una razón suficiente para continuar con vida. Y es que a lo largo de su travesía, esa ligera ancla que sentía lo conectaba al mundo se descubrió en su real fragilidad, y todo lo que hasta entonces conocía y daba por cierto comenzaba a desmoronarse; pero invariablemente era el Teatro el *axis mundi* que Oida encontraba para no perderse. Con Brook descubrió que sólo podía mostrarse verdaderamente sobre un escenario, pues en la vida cotidiana sentía una dificultad tremenda para relacionarse significativamente con los otros. La desazón, la sensación de estar perdido, de no pertenecer, de cuestionarse constantemente dónde estaba, qué estaba haciendo, y para qué lo hacía, desaparecía una vez que estaba en la escena.

Con un lenguaje sencillo, Oida conduce al lector a través de su recorrido personal, donde incluso se remonta a los orígenes del drama, para sustentar cómo es que el

teatro era la expresión de la unión entre el individuo y lo divino. Así, para el actor náufrago, el teatro es el espacio donde se puede experimentar un sentido de unidad con los otros, con el mundo y con sus dioses. Los seres humanos no sólo existen entre el cielo y la tierra, existen para ligar el cielo y la tierra.

Mediante las etapas de trabajo y de búsqueda del actor, también conocemos a esa figura clave en el teatro contemporáneo: Peter Brook, y es mediante Oida que nos internamos en el ideal que tenía Brook por generar un Teatro Sagrado. La investigación que él y los demás actores realizaron se describe a detalle, y vivimos cada una de las series de experimentos e improvisaciones, la orfandad que sentían al ser desprovistos de material, de pirotecnia teatral para que comprendieran y sintieran ese teatro que hace visible lo invisible, para que el escenario fuera el lugar donde pudiera celebrarse un verdadero ritual, un verdadero convivio entre los seres humanos y se lograra una conexión profunda, pues sólo así era posible pretender que el espíritu de los participantes se renovara con cada encuentro.

El afán de Brook condujo a Oida a convencerse de que lo que se requiere sobre el escenario es el auténtico vigor de la vida, y son esos veinte años que el japonés estuvo lejos de su país los que le permiten concluir que para lograr ser un actor debe deshacerse de todo lo aprendido y abandonar la técnica, reaccionar a los estímulos externos y sostener su propio papel.

Oida descubre que el estado fundamental de un actor sobre la escena es cuando su cuerpo está liberado y en justo equilibrio, con la mente alerta. El actor verdadero no espera a que le den pie para decir sus líneas; necesita mirar dentro de sí para saber lo que está sucediendo y saber qué debe hacer, dejar que se dé la vida propia de los personajes y permanecer abierto hacia los demás actores; porque sólo cuando dos actores realmente están representando el público percibe ese intercambio genuino y fundamental entre dos perso-

nas. La comunicación no es de “actor a actor”, sino de “ser humano a ser humano”. La diferencia entre el hombre real y el personaje de ficción, entre la realidad y la ilusión, es muy sutil.

Yoshi Oida subraya una y otra vez que las acciones humanas que se muestran sobre el escenario se convierten en un microcosmos, y entre la vastedad del universo y la vida cotidiana el teatro tienden un puente, y es responsabilidad del actor estar atentos a la realidad del universo y al día a día, pues es quien teje el hilo invisible entre su propio sentido de lo sagrado y el del espectador.

“El actor es una de las criaturas más frágiles que existen”, dice Peter Brook en la película *Can you see the moon?*, que dedica a su amigo Yoshi Oida. Y sin embargo, a lo largo de la lectura se descubre la enorme fuerza que se requiere para descubrir y compartir la propia fragilidad. Estamos en presencia de un ser que se sincera, que se abre, que se expone, que nos muestra sus heridas e incertidumbres y la tenacidad que se requiere para superarse y trascender no sólo en el oficio sino en la vida.

Tras la zozobra, Oida entiende que, al final de todo, lo único que se tiene es a uno mismo y nada más. ■■■



Un actor a la deriva
Yoshi Oida
México, Ediciones
El Milagro UAM
2011, 255 pp.